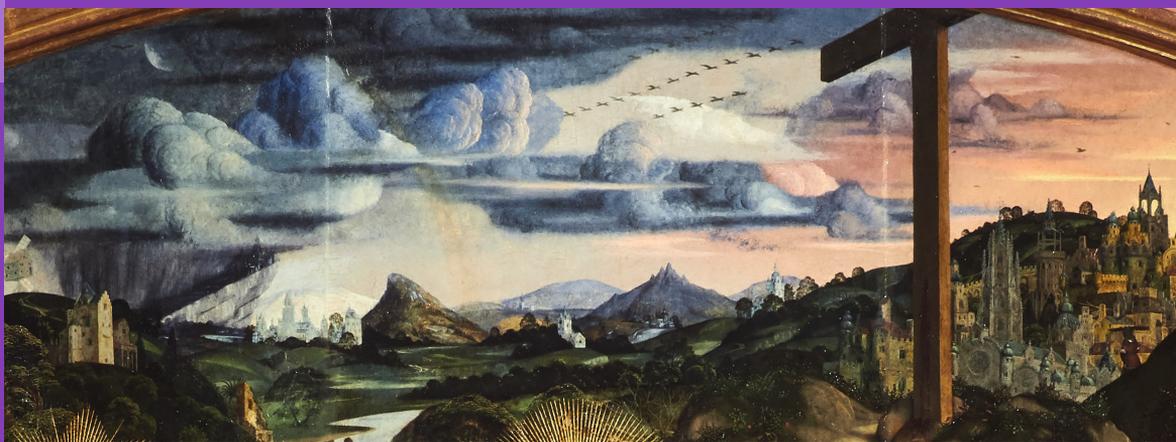


02

Palabras de esperanza y de salvación

Sermón de las siete palabras de
Nuestro Señor Jesucristo en la Cruz



Santiago Bueno Salinas
Canónigo de la SE. Catedral de Barcelona

Anima
Sedis

Consejo Editorial

Excel·lentíssim Capítol de la Catedral de Barcelona

Diseño gráfico y maquetación

**DISCRE
PAN·IA**

GC **Gasulla**
Comunicació

© **de la edición:** Catedral de Barcelona
Pla de la Seu, s/n
08002, Barcelona

© **de los textos:** su autor

© **de las imágenes:**
Catedral de Barcelona, fotógrafo: Guillem F. Gel

Marzo 2019
ISBN 978-84-09-19593-0
DL B 7751-2020

www.catedralbcn.org
publicacions@atedralbcn.org

SERMÓN DE LAS SIETE PALABRAS
de Nuestro Señor Jesucristo en la cruz
19 de abril de 2019

Dr. Santiago Bueno Salinas, pbro.
Canónigo del Cabildo Catedral de Barcelona

Prólogo

Es un placer presentar este opúsculo del canónigo de nuestra Catedral de Barcelona, y carísimo amigo, Dr. Santiago Bueno, que recoge su predicación sobre las Siete Palabras de Jesús en la Cruz, del Viernes Santo de 2019, que nos ayuda a redescubrir la perenne actualidad de una práctica tradicional de devoción cristiana que nos introduce directamente en el centro del misterio de nuestra salvación.

La meditación de las Siete Palabras nos ubica en el dramático camino que Jesús ha hecho, cargando con nuestras culpas, nuestras preocupaciones, nuestros sufrimientos. Es la meditación que nos introduce en el corazón del Cristo crucificado, perennemente abierto, del cual emana para nosotros el Espíritu, la vida, el consuelo y la salvación.

Esta pequeña publicación nos ofrece grandes pensamientos que revelan el sentido de nuestra vida y de nuestra muerte, la dirección y la meta de toda la historia humana. De esta manera, nuestro predicador, a propósito de la Sexta Palabra (Tengo sed), dice: “La sed de los hombres y mujeres es encontrar a Dios. Es el destino de la humanidad y de todo ser creado. Y también era la sed de Jesús, a pesar de que él tuviera siempre a Dios presente. Esperamos reencontrarnos con nuestro Creador en el momento de la consumación de nuestra existencia, pero..., ¿y entre tanto? Jesús nos decía que a él lo encontraríamos en los pobres, los enfermos, los hambrientos y sedientos, en los prisioneros... (...) Todos somos instrumentos de la presencia del Señor para calmar la sed de Dios”.

Las meditaciones del Dr. Santiago Bueno evidencian bien su experiencia como pastor y predicador. Es interesante constatar que siguiendo las huellas tradicionales de las Siete Palabras, el autor puede multiplicar las referencias a la vida cristiana de nuestro tiempo y acoger la riqueza espiritual que proviene de estas breves, pero densísimas, palabras de Jesús agonizante en la cruz, que debemos meditar una y otra vez con toda la atención de que nuestro corazón sea capaz.

Mn. Joan Galtés i Pujol
Canónigo del Cabildo Catedral de Barcelona

Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen

Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt (Lluc, 23:34)

Te aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso

Amen dico tibi hodie mecum eris in paradiso (Lluc, 23:43)

Mujer, ahí tienes a tu hijo. Aquí tienes a tu madre

Mulier, ecce filius tuus [...] ecce mater tua (Joan, 19: 26-27)

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me? (Mateu, 27: 46 i Marc, 15: 34)

Tengo sed

Sitio (Joan, 19: 28)

Está cumplido

Consummatum est (Joan, 19: 30)

Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu

Pater, in manus tuas commendo spiritum meum (Lluc, 23: 46)

Introducción

Queridos hermanos y hermanas en Cristo, el Señor,

Los cristianos confesamos que Jesús de Nazaret es el Verbo divino, la Palabra de Dios encarnada; en otras palabras, él personifica la comunicación entre Dios y la humanidad.

Los Evangelios nos han transmitido una interesante recopilación de lo que Jesucristo, como maestro, explicaba a sus discípulos mientras caminaba por la geografía de Galilea y Judea, hace casi dos mil años. Pero de ninguna manera los evangelistas pudieron recoger absolutamente todo lo que Jesús había dicho, ya que no era esa la finalidad de los propios evangelios; por otra parte, el mismo San Juan se excusaba diciendo que, si lo tuvieran que recoger todo, no bastarían todos los libros del mundo (Jn 21, 25).

Evidentemente, esta era una hipérbole del discípulo amado para destacar la profundidad y la amplitud de las enseñanzas de su maestro, y cuán inalcanzable es la totalidad de la Palabra de Dios. Pero eso no obsta para que los discípulos de todas las épocas hayamos venerado lo que los evangelistas nos han dejado. Las palabras de Jesucristo, de contenido y estilo tan variados, nos han seducido, nos han hecho reflexionar, nos han conducido a la oración... y han dado lugar a infinidad de comentarios de todo tipo: espirituales, místicos, teológicos, exegéticos, históricos... y cada semana, con ocasión de la misa dominical, los sacerdotes procuramos basar nuestra homilía especialmente en lo que Jesús decía y hacía.

Llama la atención que un rabino (un maestro) de hace 2000 años tenga tanta influencia, y que sus palabras no se hayan convertido en anacrónicas. Incluso si tomamos las parábolas, con ejemplos de la vida cotidiana de entonces, cualquiera puede entender rápidamente su significado. Es que la Palabra de Dios es viva y eficaz... (Hb 4, 12). Decía Jesús: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mt 24, 35).

Pero Jesús de Nazaret no fue simplemente un maestro o rabino judío de hace 2000 años, ni nosotros creemos y confiamos en él sólo porque lo que dijera fuera auténtico y profundo. Para nosotros es también el Redentor, el Salvador, el Ungido o Mesías de Dios que tenía que cambiar radicalmente la historia de la humanidad, abriéndose un futuro y una esperanza que sólo él nos podía conseguir. Precisamente estos días en que celebramos el Triduo Pascual los fieles hacemos presente, como sacramento y memorial, la entrega de Jesucristo a la muerte en la cruz.

El suplicio de la cruz, una salvajada de las muchas que la humanidad ha inventado cuando nos domina la crueldad, se convierte en un signo y en una paradoja: condena horrorosa para arrebatarnos la vida de un ser humano infligiéndole el mayor dolor posible, y al tiempo signo de esperanza y de salvación.

Jesús aceptó su del todo injusta condena «como cordero llevado al matadero», como había anunciado siglos atrás el profeta Isaías (Is 53, 7). Precisamente la lectura que estos días hacemos de los cánticos del Siervo de Yahvé recogidos en el libro de este profeta constituyen algunos de los pasajes más impactantes e impresionantes del Antiguo Testamento.

Isaías decía que el Siervo de Dios sería conducido a la muerte «como quien no abre la boca», es decir, en silencio (Is 53, 7). Los evangelios nos reconstruyen, cada uno a su manera, el proceso contra Jesús y su Pasión. La defensa que Jesús hizo de sí mismo no fue escandalosa ni enconada: leyendo sus palabras ante el Sanedrín o ante Pilatos, parece simplemente que quiera puntualizar ciertos aspectos para desvanecer errores o confusiones, pero en el fondo muestra una serenidad, una dignidad y una aceptación admirables... aunque humanamente lo debía estar pasando muy mal, pues sabemos que la naturaleza divina del Señor de ninguna manera anulaba su naturaleza humana, y el miedo y la angustia no le fueron ahorrados. Precisamente por ello lo sentimos tan cercano, tan humano, Dios hecho hombre.

Si tuviéramos que llevar a cabo una investigación crítica, una crónica exacta, sobre qué dijo exactamente Jesús desde la Cruz, estaríamos ante dificultades, ya que los evangelistas nos transmiten frases diversas, y sabemos que tres de ellos (Mateo, Marcos y Lucas) no estuvieron presentes ante la Cruz: san Mateo, porque huyó con el resto de los apóstoles; san Lucas, porque fue cristiano mucho más tarde; y san Marcos – si estaba, según cierta tradición–, porque también huyó –dejando atrás incluso la ropa–.

Pero ya hace muchos siglos que los fieles cristianos sintieron la necesidad espiritual de reunir las palabras que Jesús había dicho desde la Cruz, ni que fueran breves. En efecto, los evangelistas nos transmiten unas frases llenas de significado, escogidas y redactadas con plena conciencia de su trascendencia. Finalmente, estas palabras quedan resumidas en siete frases célebres: tres del Evangelio según san Lucas, una compartida por san Marcos y san Mateo, y tres más del Evangelio según san Juan.

Los dos evangelios tenidos por más antiguos (Marcos y Mateo) recogen sólo la Cuarta Palabra, y se centran en ella; probablemente por eso es muy significativa: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

Como ocurre a menudo con el Evangelio de san Lucas, este evangelista se esfuerza por reflejar la personalidad de Jesús, y así recoge la Primera, la Segunda y la Séptima Palabras. Las dos primeras son una prueba de amor y misericordia de Jesús hacia los que estaban presentes («perdónalos, porque no saben lo que hacen», y «hoy estarás conmigo en el Paraíso»); la séptima también deja ver este talante sereno del Señor: «en tus manos encomiendo mi espíritu»).

Y, como ocurre también con el Evangelio de san Juan, las dos palabras recogidas por este evangelista tienen un cierto tono enigmático, además de que son muy breves: «Tengo sed» y «Todo está cumplido».

EL MAL Y LA IGNORANCIA O ERROR



A propósito de la Primera Palabra:

«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen»
(Lc 23, 34).

Jesús se muestra compasivo con sus verdugos, y añade la ignorancia como circunstancia atenuante de la culpa. En efecto, los evangelios presentan al sumo sacerdote y al sanedrín movidos a deshacerse de Jesús por motivos que hoy llamaríamos políticos, pero que se resumen en una frase bien breve: molestaba.

Jesús no fue ni el primero ni el último en morir porque estorbara: con ello podemos decir que él compartió las consecuencias de la injusticia, la envidia, el afán de poder, el odio... En principio, tenemos que proclamar claramente que todos

aquellos que abusan de los demás saben perfectamente lo que se hacen: el delito o el pecado no pueden quedar disminuidos por una pretendida ignorancia o error (“me equivoqué...”), y menos aún por pretendidas inestabilidades mentales (tal genocida o asesino o terrorista... “idebía estar loco!”), porque tales afirmaciones tienden a disculpar el mal.

Pero en el caso de Jesucristo, el delito de matarlo toma otro relieve. La ignorancia a que se refiere Jesús («no saben lo que se hacen») no es sólo sobre el delito de llevar a la muerte conscientemente a un inocente, sino sobre quién es realmente aquel inocente: el Hijo de Dios.

Seguramente era muy difícil de creer para aquellos dirigentes del pueblo, dadas sus creencias y la situación social y religiosa del momento, que aquel joven de Nazaret fuera el Hijo único de Dios y el Mesías, pero aquella ignorancia o error no les autorizaba a matarlo impunemente.

En cualquier caso, Jesús no deseaba que los miembros del Sanedrín (ni el pueblo judío en su conjunto) pudieran ser acusados de deicidio (de matar al Verbo de Dios, Dios como el Padre), y por eso fueron perdonados de este otro pecado. Si en algún momento de la historia alguien ha osado acusar de deicidio a aquellos que intervinieron en la muerte de Jesucristo, podemos decir que ha sido desautorizado por el mismo Señor, que los perdonó debido a su ignorancia teológica. De hecho, tenemos que admitir que la muerte de Jesús es consecuencia del pecado de todos, tanto de los entonces presentes, como de los antepasados, así como de los que hemos venido después, incluidos nosotros mismos. En efecto, nuestra salvación radica en que admitimos que la Cruz de Cristo se aplica también a nuestras culpas.

LA ESPERANZA DEL CIELO



A propósito de la Segunda Palabra:

*«Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso»
(Lc 23, 43)*

En nuestra sociedad contemporánea muchas personas sonríen cuando oyen hablar del Cielo (o el *Paraíso*, como dice Jesús), o incluso se permiten hacer chistes más o menos inocentes sobre el Paraíso. Cualquier intento de describir el Cielo con comparaciones o analogías de este mundo está destinado al fracaso, ya que se trata de otra realidad muy diferente de la nuestra actual, para la que no tenemos palabras. Por ello, según qué descripciones del Cielo, aunque sean bienintencionadas, pueden ser objeto de burla por los descreídos, ya que fácilmente podemos caer en comparaciones ridículas o desafortunadas. Pero en todo caso, los discípulos de Jesucristo mantenemos nuestra esperanza de

conseguir la vida eterna «en el Paraíso».

Como no hay palabras para describir el Cielo, ni analogías o comparaciones que realmente sean útiles, el libro del Apocalipsis optaba por una dramaturgia completamente idealizada (Ap 4, 2-11): un espacio inmenso, con el trono de Dios, el Cordero (Cristo) sentado a su lado, los doce ancianos, los ángeles, los mártires, las multitudes de creyentes... todos alabando a Dios para agradecerle sinceramente que haya incorporado aquellos hombres y mujeres en su propia vida divina: una vida auténtica, plena, para siempre, empapada de amor y de respeto, en la que cada ser humano llega a su plenitud personal... El proyecto es magnífico. Recuerdo que, cuando estudiaba Teología, mi curso contó con un profesor que explicaba de forma tan vívida, tan emocionante, la vida del Cielo, que una compañera mía un día exclamó espontáneamente: “¡profesor, oyéndole, dan ganas de morirse!”

Pero en la escena de la Cruz, la situación es mucho más íntima. Las palabras de consuelo y de esperanza que Jesús dirige a aquel malhechor crucificado a su lado darían para una reflexión larga y profunda sobre la condición humana. El hombre condenado y a punto de morir, que reflexiona y no maldice (como hace el otro), que toma conciencia del momento trascendente que se le presenta y de que, siendo la muerte inevitable, vale la pena encararla con dignidad. Jesucristo, que acoge con solidaridad la frase de su compañero de sufrimiento, que no se muestra para nada centrado en su terrible sufrimiento físico, y aún tiene ánimo para escuchar y ofrecer una esperanza cierta.

Como todos somos pecadores, es normal que al reflexionar sobre esta segunda palabra del Señor deseemos vernos como el buen ladrón, y escuchar la voz de Jesús dirigida a cada uno.

AMOR MATERNO, AMOR PATERNO



A propósito de la Tercera Palabra:

*«Mujer, ahí tienes a tu hijo. Aquí tienes a tu madre»
(Jn 19, 26-27)*

Sólo el evangelista san Juan menciona al pie de la Cruz de Jesús a su madre, María, con uno de los discípulos (¿el mismo Juan?), junto a otras mujeres. ¿Por qué los otros evangelios, que se habían escrito mucho antes, no lo habían hecho? Ha habido muchas teorías, algunas imaginativas, otras inverosímiles, incluso algunas que dudaban de la versión de San Juan, o de su autoría.

El evangelista Juan escribe después de que los otros evangelios ya sean conocidos por las Iglesias cristianas, avanzado el siglo I. La finalidad de este cuarto evangelio no fue volver a contar de nuevo los mismos hechos y palabras de Jesús, sino añadir otro punto de vista. Con este objetivo, el evangelista aprovecha especialmente dos circunstancias: por una parte, su propia memoria de los hechos que vivió, ya que él era uno de los tres discípulos más cercanos al Señor, pero por otro lado su evangelio se enriquece con muchos años de reflexión y de oración. Recordemos que san Juan no murió mártir a comienzos de la Iglesia, sino anciano a finales del siglo I.

Teniendo esto en cuenta, las palabras que Jesús dirige a su madre y al discípulo están cargadas de amor, de un amor que ha ido creciendo con los años. En primer lugar, por el amor del Señor por ambos, pero también del amor de san Juan.

En sus palabras, Jesucristo une madre y discípulo, y por extensión, a todos los discípulos con su madre. Por este motivo, los cristianos de todos los tiempos han venerado a santa María con un especial afecto. Esta veneración es especialmente notable en las Iglesias apostólicas más antiguas (católicos y ortodoxos), pero también existe en las Iglesias reformadas (luteranos, calvinistas, anglicanos...)

La presencia de María en la vida de los cristianos y su especial veneración plantean una cierta paradoja ante la pretensión de algunos de analizar la Iglesia simplemente como un fenómeno social, y deducir así un carácter jerárquico patriarcal poco atento con las mujeres creyentes. No debemos negar que los fieles que formamos la Iglesia sufrimos la influencia cultural de cada etapa histórica de la sociedad en que vivimos, y que por eso se pueden

encontrar *adherencias* de cada etapa histórica. En efecto, los evangelios nunca acaban de agotar su aplicación. Entre esas *adherencias* se puede encontrar cierta prepotencia masculina de culturas pasadas: pero las *adherencias* culturales no forman parte del evangelio y, como muchas otras, deben ser limpiadas regularmente, porque actúan como las rémoras que se aferran a los barcos y les impiden surcar los mares con libertad y alegría. Pero al limpiar hay que ser cuidadoso para no perjudicar la estructura principal, como en las restauraciones de piezas antiguas, que pueden resultar dañadas y perdidas si la limpieza se hace descontroladamente.

¿Por qué he dicho que encontramos una paradoja? Porque es evidente que el ser humano más importante para la Iglesia, más allá de Jesucristo en quien se unen divinidad y humanidad, es una mujer, la Virgen María. La encarnación del Verbo hecho hombre dependía de ella, de su voluntad de colaborar en el plan de Dios. Imaginemos por un momento que la chica elegida por Dios (en esta hipótesis, no María de Nazaret, sino otra) no se hubiera prestado a confiar en Dios: el plan de salvación habría sufrido un contratiempo aunque no quedara abandonado en absoluto. Incluso no sabemos si esto llegó a pasar nunca, aunque las palabras de la Carta de san Pablo a los Gálatas («cuando el tiempo llegó a su plenitud, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar a los que estaban bajo la Ley, para que recibiéramos el ser hijos»: Gal 4, 4), nos hacen considerar que el tiempo de la Encarnación fue lo que Dios había previsto.

Pero con la hipótesis de otra chica que tal vez hubiera rechazado el plan de Dios, quiero que recordemos que santa María siempre fue libre, que podría no haber dicho que sí. Esta libertad, y su voluntad, dignifican la misión de aquella doncella. Tal vez una

mujer que, en su tiempo, no presentó ninguna relevancia externa ni reclamó honor alguno ni dignidad (no nos la podemos imaginar paseando por Nazaret o por Cafarnaúm presumiendo de ser "la madre del Mesías"), pero que lo dio todo por su Hijo: con san José, lo cuidó, le alimentó, le cambió los pañales, le enseñó a caminar y a hablar, le inculcó las primeras oraciones y el amor a Dios...; la doctrina de Jesús es la de Dios mismo, lleno como estaba del Espíritu Santo, pero la forma de hablar, las expresiones coloquiales, el acento galileo, los giros lingüísticos, el gusto por las parábolas... seguro que Jesús las heredó de su Madre. María, la Virgen, sería la que hablaría de Dios a su hijo pequeño según la tradición de Israel más auténtica, le contaría cuentos para niños (¿quién sabe si la historia del joven José abandonado por sus hermanos en un pozo...?), lo cubriría de abrazos y besos, se interesaría por los amigos de Jesús, y tal vez, cuando éste ya era adulto, quisiera preguntar quién era aquel Simón de Cafarnaúm, o aquellos Jacob (Santiago) o Juan... Con toda probabilidad el Señor, al visitar su pequeño pueblo de Nazaret, sería acompañado de sus amigos/discípulos, los presentaría a su Madre (de hecho, una y otros fueron juntos a aquellas bodas en Caná...: Jn 2, 1-2), María les haría entrar en su casa sencilla...

Por ello, encontrar a María al pie de la Cruz no sólo es de lo más natural, sino que tiene un sentido especial. Ya la Sagrada Escritura (Lc 2, 35) nos avisaba de que la Santa Virgen sufriría como madre. Toda madre sufre por sus hijos, siempre y en cualquier edad; en todo tiempo son una preocupación. Digámoslo en pocas palabras: María lo vio morir en la Cruz. Qué dolor más espantoso para una madre que lo quería con todo el corazón, que había hecho por él todo lo que antes describía.

El dolor de María no es diferente del dolor extremo de tantísimas madres que a lo largo de la cruel historia de la humanidad han visto morir a sus hijos e hijas de mil maneras injustas y atroces, violentas, sangrientas, a menudo sin ninguna culpa propia, por los pecados de otros. Los poderosos de todas las épocas han preparado y declarado guerras donde no debían morir ellos, sino infinitud de inocentes: el dolor que han provocado clama al cielo, y es a la vez el de santa María. Los Herodes de todos los tiempos han masacrado jóvenes y niños: el dolor de sus madres es también el de la Virgen. Los violentos han abusado de mujeres y niños sólo para satisfacer sus negros propósitos: la desesperación de las madres de los inocentes se refleja en el rostro y en las manos de la Virgen María.

Jesús en la Cruz, pues, no nos dio a su Madre simplemente como un signo de sentimentalismo, sino para que compartiera todos los terribles efectos de las injusticias, los delitos, los pecados de la humanidad. A través de María, los humanos nos unimos y participamos de la Cruz de Jesucristo, con este sufrimiento que sólo puede llevarnos al amor, a la misericordia y al perdón. Por eso los cristianos amamos a la Virgen María por encima de todo.

La maternidad de María no es distinta de la paternidad de Dios, porque ambas son formas de hablar de una única realidad: la del amor auténtico.

LA SOLEDAD DE JESÚS EN LA CRUZ



A propósito de la Cuarta Palabra:

«*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*»
(Mt 27, 46; Mc 15, 34)

Ni que decir tiene que la Cuarta Palabra de Jesús, la del sentimiento de soledad y abandono, es muy sobrecogedora. ¡Quién es Hijo de Dios se siente abandonado por Dios Padre!

Muchos han apuntado la posibilidad de que Jesucristo pronunciara todo el Salmo 21, que comienza ciertamente por esta frase conmovedora, pero que tiene un final diferente y muy esperanzador: «No ha mirado con desprecio el pobre desvalido [...], y cuando gritaba auxilio, él lo ha escuchado». En cualquier caso, los evangelios

sólo nos han transmitido esa primera frase, y si Jesús continuó el salmo en oración mental, no lo sabemos.

Esta frase del Señor es conmovedora porque nos lo hace plenamente próximo, humano sin negar la divinidad. En efecto, si alguien pensara que Jesús en la Cruz sólo sufrió físicamente, pero no psicológicamente porque él se sabía Dios, esta frase lo negaría. Jesucristo compartió plenamente nuestro sufrimiento, tanto el físico (de los torturados, de los condenados, pero también de los enfermos...) como el psíquico. Y éste es tan grave como el otro, o incluso peor. ¿Cuántas personas en nuestro mundo se sienten desamparadas, solas, sin nadie a quien acudir? El Señor se sintió como ellas.

Ante los horrores e injusticias que ha vivido la humanidad en los últimos siglos (las guerras mundiales, los campos de concentración, los exterminios, los genocidios, las esclavitudes, las mafias de todo tipo, los abusos políticos y económicos...), muchos han llegado a preguntarse dónde estaba Dios (un Dios que permitía tales horrores...). Incluso algunos dejaron de creer en Dios ante esas tremendas injusticias.

Pero estas personas en realidad no creían en el Dios revelado de Jesucristo, sino en un dios acomodado a las necesidades de cada uno, aunque sean las más perentorias. En efecto, pretender que Dios deba impedir el mal con su poder es un pensamiento religioso inmaduro, porque significaría privar a los seres humanos de su libertad, y con ella de su propia dignidad y de su humanidad, en suma. El mal no puede ser vencido por una fuerza que le impida existir, sino a través de la Cruz del Señor, que ofrece otro camino, en realidad el único viable que respeta nuestra dignidad.

Los hombres y mujeres que, ante la brutalidad ajena, se sienten abandonados por Dios, pueden cambiar tal sentimiento: Dios precisamente envió a su Hijo al mundo para que, hombre igualmente como nosotros, también compartiera ese extremo dolor.

Pero también hay fieles o creyentes en Dios que pasan por momentos o periodos de angustia espiritual, por una noche oscura en la que la presencia de Dios desaparece. Santa Teresa del Niño Jesús es un buen ejemplo de este sentimiento que parece increíble en alguien tan santo, tan empapado del amor a Jesucristo¹. Pues también esos angustiados deben saber que el Señor se sintió igual en el momento de su máximo dolor.

La soledad y el abandono son una tragedia para el ser humano, que es naturalmente sociable, que necesita el calor de los demás, su amistad. Como cristianos, y ante el sufrimiento del Señor, es necesario que nos preguntamos si acompañamos a los demás, si no los dejamos abandonados. Y siempre deberemos corregir nuestras actitudes.

Precisamente en estos últimos tiempos, nuestra Iglesia ha tenido que sufrir por el pecado y la vergüenza de no haber estado al lado de las víctimas en los casos horribles de abusos a menores cometidos por algunos clérigos o religiosos. Este sufrimiento debe ser sanador: nunca más ignorar el delito, nunca más encubrirlo, nunca más un niño destrozado por alguien que le debía defender. Y que la Iglesia sea modelo para borrar de la sociedad ese estigma contra los inocentes.

¹Véase *Historia de un alma*, Capítulo X, Santa Teresa del Niño Jesús

LA HUMANIDAD QUE SUFRE Y LA MISERICORDIA



A propósito de la Quinta Palabra:

«Tengo sed»

(Jn 19, 28)

Esta frase bien corta («Tengo sed») es la única transmitida por los evangelios que relata una necesidad física de Jesús, la sed. Pero conociendo al evangelista san Juan -que es quien la reproduce-, no puede tratarse simplemente de una queja física, la sed material. De hecho, en medio de aquellos tormentos, la sed debía ser la menor de las molestias de un crucificado.

El mismo evangelio de san Juan es el que recoge unas conocidas palabras sobre la sed, con ocasión del encuentro entre Jesús y la mujer samaritana (Jn 4, 1-30): Jesucristo es quien debe dar agua viva para calmar la sed espiritual. Y la sed

también está presente en las bienaventuranzas: bienaventurados los que tienen hambre y sed de ser justos (santos).

Ha sido común presentar esta petición de Jesús como una metáfora de la sed del Señor por la conversión de los pecadores. Tal metáfora está bien pensada y es oportuna, pero probablemente no agota el significado de la Quinta Palabra. ¿A qué sed se está refiriendo el Señor en este evangelio?

Esta Palabra es la que me ha obligado a dedicarle más tiempo y oración, más reflexión. De entrada, me atraía mucho la bienaventuranza de los que tienen hambre y sed de ser justos (Mt 5, 6), ya que durante un tiempo he estado reflexionando sobre justicia y misericordia en Jesucristo y en la vida de la Iglesia. Pero también la comparación entre la sed del Crucificado y la de los bienaventurados me parecía un poco forzada.

Estaba yo pensando en todo ello en el despacho parroquial una tarde, preparando este sermón, cuando me interrumpió una persona que pedía confesión (el despacho parroquial queda justo al lado del Santo Cristo en la iglesia parroquial). El penitente me pidió disculpas por la interrupción, pero en realidad me salvó de mi aprieto, porque yo me encontraba atascado y no sabía muy bien por dónde continuar. Aquella persona quería encontrar a Dios, pero me encontró a mí en el despacho... y así encontró a Dios.

Nuestra sed es encontrar a Dios

En efecto, así dice el famoso versículo inicial del Salmo 41 (42): «*Sicut cervus desiderat ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus*» («Como la cierva anhela las corrientes de agua, así mi alma suspira por ti, Dios mío»), y sigue: «Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo».

Nuestra excelente capilla musical de la Catedral (el coro Francesc Valls) durante el ofertorio de la Misa Crismal nos ofreció este año la composición de Palestrina sobre este salmo (permítidme que llegue a suponer que Pier Luigi da Palestrina fue inspirado por el Espíritu Santo, auténtica fuente de la música): la música para mí constituyó una revelación, una vez más. La intensidad y la simplicidad de esta partitura son tales ique incluso las piedras de la Catedral podrían emocionarse!

En efecto, la sed de los hombres y mujeres es encontrar a Dios. Es el destino de la humanidad y de todo ser creado. Y también era la sed de Jesús, a pesar de que él tuviera siempre a Dios presente. Esperamos reencontrarnos con nuestro Creador en el momento de la consumación de nuestra existencia, pero..., ¿y entre tanto? Jesús nos decía que a él lo encontraríamos en los pobres, los enfermos, los hambrientos y sedientos, en los prisioneros... Y lo encontramos tan a menudo en otras personas, que actúan como auténticos *ángeles* de Dios, es decir, enviados del Altísimo -incluso sin que ellos sean conscientes-. Todos somos instrumentos de la presencia del Señor para calmar la sed de Dios, y Jesús en la Cruz tenía sed de la compañía de sus amigos: en las miradas de sus discípulos él encontraba también la presencia de Dios, pero ese día no estaban al pie de la Cruz.

Permitidme una pequeña digresión: en ocasiones encontramos hermanos cristianos que se obsesionan por descubrir o encontrar hechos sobrenaturales (tal vez porque se sienten inseguros en su fe), que siempre están pensando en milagros aquí o allá, en apariciones de la Virgen, en curaciones inexplicables para la ciencia actual... Sabemos que todo ello es posible, que Dios puede suspender puntualmente las leyes físicas para obtener un bien mayor..., pero quedarse esperando esto como quien está pendiente de una maravilla (que no sabe si se producirá), no es el mejor camino para

encontrar a Dios. Una gracia sobrenatural es un regalo que no puede ser perseguido, precisamente porque es gratuito y maravilloso. Siempre he tenido la impresión de que quien se ha encontrado ante un hecho divino preternatural, no se lo esperaba, al menos no en la forma en que finalmente se ha llegado a producir. Y que quien se empeña en encontrar a Dios de esta manera, no lo consigue nunca, siempre se le escapa.

En el contexto de la sed de Dios, la vida cristiana se parecería a alguien que camina sediento, con la esperanza de llegar pronto a una población y calmar su sed, pero de forma inesperada se encuentra con otro viajero que le ofrece bebida: el mejor milagro de Dios en nuestra vida son los encuentros personales que nos recuerdan que la gracia del amor de Dios está presente a nuestro alrededor, y en tales encuentros después reconocemos que Jesús estaba presente, como aquellos discípulos que caminaban hacia Emaús (Lc 24, 13-35).

La sed de Jesús es que nos dejemos encontrar por él

Los evangelios (salvo San Lucas) informan finalmente que dieron de beber vinagre a Jesús con una esponja. Mucho se ha hablado también de cómo entender esto... y de qué hacía una jarra de vinagre por allí. Es probable que no fuera el mismo vinagre que usamos nosotros para condimentar, que realmente no sirve como bebida. Se han apuntado varias explicaciones: que fuera agua con vinagre (una forma de mantener el agua libre de bacterias y, por tanto, potable, que los soldados tendrían a mano para calmar su propia sed), o que fuera una especie de bebida de vino o vinagre mezclado con algún anestésico natural para moderar el terrible dolor de los crucificados, o tal vez para precipitar su final... De hecho, San Marcos nos dice que, al empezar la crucifixión, le ofrecieron vino con mirra (una mezcla anestésica) (Mc 15, 23), y San Mateo dice que el vino estaba mezclado con hiel, pero que Jesús

no lo quiso (Mt 27, 34): seguramente no sólo anesthesiaba, sino que drogaba a la persona, y Jesús no quiso ser drogado.

Sin embargo, más adelante Jesús sí tomó el vinagre. Teniendo en cuenta el pasaje anterior del vino con mirra, es más probable que lo que ofrecieron después con la esponja a Jesús fuera sencillamente la bebida de los soldados, vinagre con agua porque en aquella época el agua no era tan fiable como la que nosotros obtenemos del grifo. Por ello, no parece que dar vinagre a Jesús tuviera un significado cruel; sin embargo, los comentaristas medievales, tan aficionados a los simbolismos, fácilmente podían ver en el vinagre la amargura que Jesucristo debía sentir al dejar este mundo. Finalmente, me viene a la memoria una interpretación inverosímil, de alguien que pretendía haber descubierto el sentido del texto: decía que con aquella bebida Jesús habría quedado anesthesiado e inconsciente, dado por muerto pero en realidad vivo... ¡y así ni habría muerto ni habría resucitado realmente! Curiosamente, quien pretendía esta explicación olvidaba la lanzada al costado de Jesús (Jn 19, 34), como si eso no hubiera bastado para provocarle la muerte con total seguridad.

LA MISIÓN DE LAS PERSONAS



A propósito de la Sexta Palabra:

«*Todo está cumplido*»

(Jn 19, 30)

Nos gusta considerar que todo ser humano que nace en este mundo lo hace con algún objetivo; en otras palabras, que nuestra vida no es absurda, por mucho que nuestra concepción en el seno de la madre haya sido producto de incontables circunstancias casuales a lo largo de miles de años de historia humana, hasta el momento en que nuestros padres nos concibieron. Debe ser ciertamente desalentador el pensamiento de que nuestra vida no tenga ningún objeto o finalidad; yo diría que incluso este pensamiento priva al ser humano de buena parte de su dignidad.

Conseguir el objetivo de tu vida, sin embargo, es un sueño. Primero, porque no estamos seguros de si ese objetivo es un destino especial, único, intransferible. Luego, porque nadie en este mundo consigue la perfección de las inmensas posibilidades humanas. Finalmente, porque si nos obsesionamos con ello, nunca seremos felices, sino irremediabilmente desgraciados, porque pensaremos que siempre podríamos lograr más. En efecto, el ser humano es falible, incompleto, falto de perfección..., pero a la vez llevamos dentro un anhelo de perfección, de trascendencia, de auto-realización que, si no hubiera ninguna posibilidad de obtenerla nunca ni en lugar alguno, sería una broma pesada de la evolución de la especie y de nuestra conciencia.

Cuando el objetivo de una vida es claro y forma parte del plan de Dios de salvación de la humanidad, entonces lo podemos llamar *misión*. Abraham recibió una misión (Gn 12, 1-3; 17, 1-6), como Moisés o los profetas la tuvieron, y Jesús recibió la misión más grande y trascendente que un hombre puede recibir de Dios (Mt 3 , 16-17; 17, 5). Y lo digo así porque ahora interesa más que nos fijemos en la humanidad de Jesús, sin olvidar su divinidad.

La misión de Jesucristo supera lo que se puede explicar y entender: basta recordar que «todo el universo ha sido creado por él y para él» (Col 1, 16), es decir, el objetivo de la Creación, de la inmensidad y profundidad de todas las galaxias, constelaciones, estrellas, planetas y satélites; de todos los mares, los valles, las montañas y las colinas; de todos los minerales y vegetales, de todos los animales, de la inmensa e inabarcable variedad de la naturaleza... todo existe para que un día pudiera encarnarse Dios en la persona de Jesús de Nazaret, y llevar a cabo su misión.

Ante la Cruz, parece que ahora la misión está a punto de finalizar... ¿De finalizar? En realidad, Jesús en la Cruz no dice que su misión haya terminado (de hecho, tenía que perdurar con la resurrección hasta el fin de los tiempos), sino que se había cumplido. En efecto, el término de su vida humana llega a su fin, de manera abrupta y violenta, provocada por el uso maligno de la libertad que Dios concedió a sus queridos hijos. Unos hijos que matan al Hijo de su Padre Creador.

La misión de los seres humanos fue corrompida cuando los primeros padres decidieron suplantar a Dios, robar el fruto del árbol del bien y del mal en el Paraíso, es decir, decidir por su propia cuenta lo que es correcto y lo que no lo es, rompiendo el vínculo con Dios y con la naturaleza creada (Gn 3, 2-7). Fueron *desobedientes* porque no atendieron a la misión que habrían logrado si hubieran aceptado el plan de Dios. Jesucristo corrigió en la Cruz aquella situación: finalmente hubo un hombre plenamente obediente, es decir, totalmente fiel a su misión, que libremente acepta amar a sus hermanos hasta el extremo de dar la vida por ellos.

La misión cumplida por Jesús es la que abre las puertas a que nosotros podamos alcanzar el auténtico destino de la dignidad humana, y que aquel anhelo de plenitud al que antes me refería pueda encontrar respuesta. Por eso nos aferramos a la Cruz de Jesús, porque si así lo hacemos también podremos resucitar con él². Por eso, el Señor podía decir que todo se había cumplido... según el plan de Dios.

² Cf. oración final de Completas de los viernes

LA CONFIANZA EN DIOS



A propósito de la Séptima Palabra:

«Padre, encomiendo mi espíritu en tus manos»
(Lc 23, 46)

La confianza en Dios es una de las principales virtudes cristianas; de hecho, es equivalente a la primera de las virtudes teologales: la fe.

A menudo tendemos a pensar que la fe es simplemente creer en Dios, en la existencia de Dios. En parte es así, especialmente en épocas en que los cristianos hemos vivido en un entorno social adverso, con mucha increencia (como en la actualidad: agnosticismo, ateísmo...), o bien con creencias religiosas muy discordantes de las nuestras (paganismo, politeísmo, animismo...).

Cuando es así, la propia existencia de Dios tal como se reveló en las Sagradas Escrituras es puesta en duda o negada, y la creencia forma parte de la fe.

Sin embargo, en el contexto religioso del Israel que conoció Jesús no se daba una negación de Dios, al menos significativamente. La fe que Jesús reclamaba no era simplemente creer en Dios, sino que abarca un sentido más profundo, porque pasa a ser algo más vivido: es confiar en Dios, fiarse de él. De hecho, también nuestras lenguas usan la palabra fe en este otro sentido: así, cuando decimos a alguien “tengo fe en ti”, no le estamos diciendo que creemos en su existencia (cosa evidente), sino que ponemos en él nuestra confianza.

Precisamente esta frase es una de las más importantes y comprometidas que podemos dirigir a los demás para manifestarles nuestra confianza.

Esto mismo es lo que Jesús está diciendo a Dios Padre en la Cruz, si bien los evangelistas nos lo transmiten en una forma más literaria, ya que deriva del Salmo 31 (30), 6: «En tus manos encomiendo mi espíritu, tú, Dios fiel, me has rescatado». Y está bien que sea así, ya que hemos visto a menudo que Jesús oraba con los salmos. Es natural, pues también los que en la Iglesia rezamos el Oficio Divino poco a poco nos vamos empapando de las expresiones de los salmos, que acaban entrelazando y dando continuidad y coherencia a nuestra oración personal.

Jesucristo está manifestando a Dios Padre que se fía de él, a pesar de que las circunstancias pudieran inducir a pensar que no podía hacerlo. De hecho, esta es la respuesta y el complemento a la Cuarta Palabra («Dios mío, ¿por qué me has abandonado?») Esta confianza en Dios igualmente contrasta con las circunstancias del

pecado original, cuando los padres primigenios (Adán y Eva) no se fiaron de la advertencia de Dios y prefirieron actuar por su cuenta (Gn 3, 6).

En una aproximación precipitada, podría parecernos que fue Jesucristo-Hombre quien así debía ponerse en manos de Dios Padre, pero que esto no le sería necesario a Jesucristo-Dios, porque como Segunda Persona de la Santísima Trinidad él ya conocería el plan de Dios de salvación, y que la entrega de su vida en la Cruz formaría parte de él. Y sin embargo, la Iglesia siempre ha defendido que la confianza en Dios Padre, ante la angustia de la muerte, corresponde también al Verbo de Dios.

En efecto, aunque en Jesucristo podamos distinguir dos naturalezas, la divina y la humana, es una sola persona. Dicho de otro modo, no había dos Jesús dentro de él, como si pudiera cambiar de uno a otro como quien cambia de personalidad. Pero no debemos afanarnos en averiguar cómo debía ser la psicología interna de Jesús con su doble naturaleza, porque en este sentido él fue único en la Historia humana. Si nos es prácticamente imposible conocer la vivencia interna de los demás, todavía lo es más en el caso de Jesucristo, y tratar de imaginarlo nos llevaría a un callejón sin salida.

Por tanto, en el sentimiento de soledad y abandono de Jesús que vemos en la Cuarta Palabra se expresa la soledad y el abandono de Dios que ama a la humanidad, y de la misma humanidad en su pequeñez y en su fracaso colectivo y personal. En la confianza de esta Séptima Palabra se expresa igualmente la confianza del Hijo de Dios de que el plan de salvación de la Santísima Trinidad es una expresión total de amor del Creador sobre toda la Creación y en particular sobre la humanidad, y la confianza de la humanidad en el amor de su Dios.

¿Cómo es ello posible? Porque Jesús habla en nombre de ambos, de Dios y de los hombres.

Con todo, si el evangelista San Lucas recoge esta Palabra no es sólo para ofrecernos información teológica, sino para que nos unamos más estrechamente al Señor. La conclusión evidente es que todo debemos ponerlo en manos de Dios, y que las manos de Dios son las mejores para confiar en ellas.

Confiar en Dios, poner nuestra vida en sus manos, de ningún modo anula nuestra responsabilidad, nuestra libertad, nuestra dignidad, nuestra naturaleza humana independiente. Algunas escuelas filosóficas han pretendido que confiar en Dios sería una especie de inmadurez, de infantilismo de la raza humana, y que era necesario que el ser humano se liberara de Dios para asumir su plenitud de libertad, de madurez y de dignidad.

Quien diga eso podemos afirmar que nunca ha conocido realmente a Jesucristo, y al Padre Dios que él nos acabó de revelar. El cristiano que viviera su fe (su confianza en Dios) como una forma de disfrutar de un estado de irresponsabilidad (como un niño que no quisiera crecer porque le es más cómodo que todo lo resuelvan sus padres), o bien al contrario, que lo viviera como un estado de sometimiento (también como un niño que sólo deseara llegar a la mayoría de edad para "liberarse" del padre), no sería en modo cristiano, no habría entendido para nada a Jesús. Dios nos deja en libertad, incluso cuando nos señala un camino de comportamiento más perfecto (el Evangelio, los mandamientos...), porque seguir la Ley de Dios no tiene sentido ni valor si es simplemente por apremio o por coacción. Esto es lo que nos enseña la Cruz de Jesucristo: su aceptación debe ser libre, consciente, responsable... y confiada.

Ponerse en manos de Dios, pues, nos salva de una excesiva autoconfianza, del orgullo personal, de la vanidad. Dios es nuestro tesoro; no las riquezas, ni los títulos, ni los triunfos de este mundo. La verdadera riqueza es saber descubrir qué talentos ha puesto Dios en nuestras manos (porque todos recibimos algún talento, y todos somos administradores), y trabajar para ser creativos como nuestro Padre es Creador. Así podremos un día decir con el Señor: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».

Dios quiera que así sea



Publicacions de la
Catedral de Barcelona